

La muerte del mito

Recoleta, Buenos Aires, Agosto de 2011



*Muy pocos advirtieron ese fatídico día
Que el mito había muerto definitivamente
Asesinado por una confabulación de pocos
Encandilados por el nuevo orden y el oro extranjeros
Su agonía, que agoreros habían anunciado ya décadas atrás,
Pasó desapercibida para la mayoría de los fieles
Sus templos aún resplandecientes
No facilitaron la sospecha ni la incredulidad
Aún después de muerto
El mito siguió viviendo y, como el Cid,
Se atribuyó importancia a provisionarias victorias
Pero la muerte es inexorable
Porque no tiene regreso*

*Hoy me toca aceptar que el mito murió dentro de mí
Mis abuelos vivieron su apogeo y caída
Mis padres, que lo entrevieron siendo muy jóvenes,
Mantuvieron vivos su culto y su memoria
Y yo fui educado en la esperanza de su resurrección
Pero es inútil seguir esperando
Mi hijo ya no cree sus historias que cuento en la mesa familiar
Y en los libros del colegio no se encuentran sus rastros
Los que debieron creer en él lo han abandonado
Y desde hace muchos años se ha perdido su culto*

*Viví aferrado a la reconstrucción del mito:
Lo encontraba al entrar en ciertas casas y bibliotecas,
En caras antiguas y dorados gastados,
En atuendos que lo homenajeban discretamente
Y en ceremonias que pareciendo iniciáticas
Eran dolorosos duelos por su ausencia
Acaso como en Persia, Roma o Grecia
Veneraremos algún vestigio o reliquia
Cuando todos los templos estén destruidos
La nostalgia quedará reservada a los museos
Al nombre de alguna calle o monumento en su memoria
Si es que sobreviven*

*Los optimistas, que nunca faltan,
Ven positiva la muerte del mito
Porque otras creencias esperan reemplazarlo con su fría audacia*

*Los pesimistas, ya una pequeña minoría,
Creen que su desaparición traerá nuestra hecatombe final
No puedo discernir con equidad el dilema:
Quizás sea bueno lo que sucede
Pero para mí es muy duro aceptarlo
Llevaré el mito en mí hasta el último suspiro
Y conmigo morirá su adoración
Ya nadie espera su regreso
Lo que me queda de vida sin su esperanza
Es una lenta y amarga agonía.*

Alberto E. Dojas